

LOS FANTASMAS QUE PERTURBAN A SABATO

Buenos Aires —como dijera Borges—, es una ciudad mítica: mientras que Argentina, por extensión, es un país asediado por fantasmas, por muertos de trágicas epopeyas, por desaparecidos que se insertan en una historia irredenta, conflictiva, naturalmente contradictoria. Y siempre la «historia» es el engranaje inconfundible que prepara para la muerte, y genera sus pasiones o sus locuras. En este mismo orden, la brujería ocupa, no podría dejar de hacerlo, un sitio muy especial, no sólo en la literatura de ficción, sino en la vida misma, conformando un espectro cronológico casi permanente en todas sus épocas. Y Sábato está consciente de eso. Es más, acaso diría que pertenece a una de sus pasiones: descorrer a cada instante la cortina de las apariencias para insertarse, eso es, en un plano generalmente crítico, de episodios pasados, donde la fabulación y el delirio pueden ser el sueño esperanzador, que tiene un punto de partida en un plano nacional en el que, no obstante lo admonitorio, reaparece en el cuadro desolador y terrible de la violencia política. Las despiadadas luchas por la federación, los héroes fusilados de ayer, las montoneras que arrasan el territorio, cobran en muchas páginas de sus novelas esa dimensión pesadillesca, obsesiva, que converge en el presente, en una fisonomía igualmente patética y angustiante. Algo, en efecto, que corroe y a la vez santifica. Y en el universo de Ernesto Sábato todo puede ocurrir. Acaso el repertorio siniestro, claro está, lindante en lo paranoico del célebre «Informe sobre ciegos», sea el texto iluminado, quizá, y hasta luciferino, en aquel trasmundo inquietante de *Sobre héroes y tumbas*, como para evidenciar también la tenacidad de un espíritu lúdico que parece reordenar el misterio. En suma, lo obsesivo en su narrativa alterna entre lo histórico y lo existencial, en el que predomina lo psicológico de una manera determinante, concluyente. En *El escritor y sus fantasmas*, Sábato condensa algunas de estas impresiones: «... el drama de seres que han nacido y sufrido

en este país angustiado. Y a través de él, un fragmento de drama que desgarrar al hombre en cualquier parte: su anhelo de absoluto y eternidad condenado como está a la frustración y a la muerte».

Existe un sentido dostoiévskiano en el temperamento y el dolor de sus personajes, una especie de semillero de la enajenación y el delirio, que, claro está, en su escritura abre una perspectiva inconfundible.

En *Sobre héroes y tumbas*, Sábato comienza el desarrollo de la novela con la aparición de una corta noticia sobre un crimen en el que un hombre ha sido asesinado por su propia hija, quien después le da fuego al mismo cuarto en que había cometido el horroroso crimen y se había dejado morir quemada. El padre, Fernando Olmos, y la hija Alejandra, provienen de una familia de «héroes» del siglo XIX, pioneros excéntricos que habían llegado a crear a la Argentina, y cuyos «destinos» se entrecruzan con los de los personajes contemporáneos. Otro personaje-nexo es un estudiante pobre llamado Martín, que no tardará en enamorarse de Alejandra después de conocerla por casualidad en un parque de Buenos Aires y no podrá liberarse ya de ese amor obsesivo que lo obliga a buscarla a ella y a su recuerdo, aun después de la muerte de la muchacha. Esa misma búsqueda y sus cuestionamientos son los que dan los elementos al lector para reconstruir la vida de Alejandra. Pero el personaje principal de la historia es el hombre que expresa hasta el cansancio la crisis ilógica de la razón cuando penetra en la locura de su Argentina nativa, y allí está el padre Fernando Olmos, síntesis de una vida que ha sido una suma de actos contradictorios y violentos. Se interesa en el anarquismo, se sumerge en las fronteras del crimen y se da a entender que consume un amor incestuoso por su hija Alejandra. Y esas mismas condiciones precipitan al crimen final. Uno de esos personajes, Bruno, dice: «Los locos, como los genios, se levantan a menudo catastróficamente sobre las limitaciones de su patria o de su tiempo, entrando en esa tierra de nadie, disparatada y mágica, delirante y tumultuosa, que los buenos ciudadanos contemplan con sentimientos cambiantes. Y sin embargo, esos individuos excepcionales, esos hombres fuera de la ley de la patria, conservan, a mi parecer, muchos de los atributos de la tierra en que nacieron. Y de los hombres que hasta ayer fueron sus semejantes, aunque como deformados por un monstruoso sistema de proyección hecho con lentes torcidas y con amplificadores deformados.»

Con alguna razón, acaso, aquel Fernando es un monstruo; pero, no obstante, es un hombre argentino que vive y se resiente en la tra-

gedia de un ser perdido en las sombras, sin creencias éticas, políticas o religiosas.

No es desacertado, pues, señalar de que Sábato da un paso seguro en la creación de una novela totalizadora, épica, de la Argentina. Una novela que, sin duda, incorpora los instintos desafiantes de un hombre, la magnitud de su tristeza, el desentrañamiento de su vida, que al mismo tiempo es su alienación. Habrá pecado y habrá salvación. Pero la salvación concebida como futuro. Y es indudable que aquellos personajes conforman sus mismos fantasmas, tanto del presente como del porvenir, tienen una fisonomía solitaria, que deambulan entre la obsesión y la locura. Esta sensación surgirá, más tarde, en una novela sugerente, *Abaddón el exterminador*, que presenta a dos personajes singulares, Bruno Basán y Ernesto Sábato, en una fecha clave: la tarde del 5 de enero de 1973. Y por consiguiente, todo es parte de aquella misma paranoia. Algo deambula entre esos seres y aunque se presiente como algo tangible, eso es, por una extraña razón no opondría límite de ser tocado y por supuesto enteramente explicado. Tal vez producto de una neurosis convulsiva que proviene de la misma pesadilla, del mismo caos espiritual. Por distante que parezca, tiene su punto de partida en aquella atmósfera que iniciara en *El túnel*, donde casi con perversidad rastrea la agonía de un hombre en su drama real: la soledad, el absurdo, la catástrofe sentida ya como algo desesperante. Y ahí, es cierto, asoman esos mismos fantasmas. Porque aquella historia del pintor Castel, es un signo de frustración, de desequilibrio, de un amor atormentado que muchas veces no se sabe callar. ¿Podría deberse acaso a un código secreto y empecinado que el escritor persiste en ocultar? No lo sé. Tampoco podría tenerse una concluyente certeza de que una sociedad manipulada desde las sombras mantuviese esa incógnita. Es decir, una incógnita de carácter satánico que encierra el embrutecimiento de nuestra época y el peligro interior de formas sublimadas de poder que guardan, todavía, un encanto de seducción, de hechizo, de alucinación. Por algo, Sábato insiste en obedecerles ciegamente. A riesgo de ser condenado en ellos.

MANUEL RUANO

Avenida Principal Las Palmas (frente plaza Caracas)
Edificio La Almudena, 5.º, «q»
Caracas 1050 (VENEZUELA)